

226. EL JINETE PERDIDO

^{<23506>}Isaías 55:6.

Al oír cierto hombre que había sido descubiertos unos ricos depósitos de oro en una serranía lejana, juntó sus pocas posesiones, consiguió un buen caballo y emprendió un largo viaje por lugares desconocidos, en busca de fortuna. Después de dos días de camino llegó a un tramo donde tenía que atravesar un desierto. Era una mañana hermosa, despejada y fresca, y emprendió esta jornada con muy buen ánimo; pero al acercarse el medio día, el cielo se cubrió de nubes grises y a poco empezaron a caer ligeros copos de nieve; poco a poco empezó a caer más y más nieve y la tarde se iba oscureciendo rápidamente. De repente el jinete hizo un descubrimiento terrible: ¡Su caballo se había extraviado! Este acontecimiento lo hizo pensar en la muerte. ¿Encontraría alguno su cuerpo? ¿Cómo sería recibida la noticia de su muerte por sus familiares? Sus pensamientos no se detuvieron allí; trató de penetrar el velo del más allá. Ante su vista se presentaba la eternidad: a un lado veía el cielo y al otro lado podía ver el infierno. El Hijo de Dios a quien toda su vida había despreciado, era su juez. Por su mente pasaron todas sus acciones y se preguntó a sí mismo cuál sería el fallo del juez. ¿Iría al cielo? El bien sabía que no era digno de tal cosa. Entonces, ¿a dónde? Había desechado la invitación de misericordia que el Señor Jesús hace al pecador y por eso le aguardaba el infierno. No había alternativa. Mientras así pensaba dejó de nevar, pero se intensificó el frío. Sentía ya el jinete el sueño fatal que amenaza a los que están en peligro de morir helados. Entonces cayó de rodillas, y le pidió a Dios que le prolongara la vida para servirle; en ese momento se rindió a Cristo y fue fiel por todos los días que Dios le concedió después de esa dura experiencia.